

»Como he apurado, en mis furores, tanto
la copa del dolor hasta las heces,
tan cerca de los ojos tengo el llanto,
que sin querer, cual veis, lloro mil veces.»—

Como al llegar aquí, nadie ni nada
alivio le prestaba en su tormento,
tendió Honorio una rápida mirada,
y halló la soledad y el desaliento.

Y ve á Jesús, que por los aires sube,
cual blanco grupo de vapor fulgente,
como yendo á esperar de nube en nube
al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,
ni las aves escuchan, ni se encantan
con esos ruidos, de misterios llenos,
que del campo aun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,
ni las flores, ni el sol, ni la verdura:
cuando están en el alma, hay dondequiera
desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,
del aura en el murmullo oye su acento,
cree ver las huellas de sus pies andando,
y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba
de su acerba pasión ponía el sello,
andando á la ventura murmuraba:
—¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!

ESCENA IV

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN MÁRMOL

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: HONORIO.—JESÚS EL MAGO.—SOLEDAD

ARGUMENTO.—Como el sentimiento tiende á la metempsicosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide á Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,
alternativa infiel de paz y guerra,
rebelión de la carne contra el alma,
lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo á Soledad el desaliento,
después de su aparente desengaño,
entró como novicia en un convento,
y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía,
ni menos del amor la ardiente llama;
deseaba morir, porque creía
que Dios lleva consigo á cuantos ama.

Y conforme cambiando iba su mente
en santas oraciones sus delirios,
su cutis fué tomando lentamente
el color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?
Sin pesares allí, sin alegrías,
sucediendo un momento á otro momento,
los días sucedieron á los días.

Y sólo, al fin, en su semblante puro
las huellas se miraron de sus penas,
cuando ya de una red de azul oscuro
se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, acaso
la dejó por amor de otros amores,
sólo le pide á Dios que abra á su paso,
en honor á sus pies sendas de flores.

Pues ella triste, sin pasión, sin celos,
al odio y al amor indiferente,
como una desterrada de los cielos
sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,
el rezo llegó á ser su afán diario,
entre sus dedos, por la fiebre enjutos,
deslizando las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio,
teniendo un derredor á cuantos quiere,
su mano de marfil tiende hacia Honorio,
les dice «¡adiós!» y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,
después Honorio, en lágrimas deshecho,
su sepulcro oprimiendo entre las manos,
lo estrechó con furor contra su pecho.

Cual ráfaga hacia allí Jesús avanza,
mientras Honorio, con los ojos presos
de Soledad en el sepulcro, lanza
miradas voluptuosas como besos.

Y dice así:—Ya os lo conté: *por ella,
más que en Dios, en Pitágoras creía,
yo, que por ser lo que su planta huella,
el cielo con delicia dejaría.*

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,
que me convierta, por favor divino,
en el ciprés ó el mármol de su tumba,
compañero inmortal de su destino.

»¡Que en posesión de sus cenizas, pueda
con ellas ver mi corazón cubierto;
que el hado la ventura me conceda
de hablarla de mi amor después de muerto!

»¡Que me deje sufrir el cielo amigo
junto á esa tumba mi dolor eterno,
aunque por ella aquí sufra el castigo
de todos los horrores del infierno!»—

Dijo Honorio; y en tanto que aguardaba
lo que el mago Jesús le respondía,
en las sienes su sangre martilleaba,
y hasta latir su corazón se oía.

Y contestó Jesús:—«¿Piensas que el cielo
te dará ni en la misma sepultura,
un período de tregua ni consuelo,
un oasis de paz ni de ventura?

»Transmigra, pues; mas que eludir se intente
la pena de una culpa, es un delirio:
si transmigras, Honorio, eternamente,
sólo harás infinito tu martirio.

»No encontrarás la dicha en parte alguna;
mudarás de dolor, mas no de duelo;
hasta en la tumba es loca la fortuna,
y no hay eterno amor sino en el cielo.»—

Dijo Jesús; y al éter, fugitivo,
le vió Honorio volar en su presencia,
después que sus flaquezas, compasivo,
con el manto cubrió de su indulgencia.

—«Vuelvo á tu lado, Soledad querida,
Honorio prorrumpió, y el cielo quiera
que, después de llenar toda mi vida,
llenes también mi muerte toda entera.»—

Con voluntad tan firme y tan constante
quiere morir, que muere porque quiere;
vivía con la vida de su amante,
y fiel á su pasión, con ella muere.

Activo, enamorado, violento,
náufrago ya, sin brújula ni estrella,
con el vivo puñal del pensamiento
se asesinó para morir con ella.

Y el mármol del sepulcro contemplando
con alma y vida, de alegría loco,
la densidad del mármol penetrando,
sintióse en él filtrar muy poco á poco.

El mármol con la carne confundiendo,
parece que uno en otro se fundía:
la carne se iba en mármol convirtiendo,
y algo de carne el mármol se volvía.

Su espíritu en los poros derramado,
lento y escaso se sumió primero;
mas luego se recoge, y, concentrado,
en el mármol, por fin, se vierte entero.

Y un sordo ruido de absorción se siente,
como el que hace al sorber seca la tierra:
no hiere el corazón tan tristemente
del ataúd la tapa que se cierra.

Después que hubo al sarcófago querido
transmigrado de Honorio el pensamiento,
sólo se oyó en el mármol un quejido,
y un sollozo en la ráfaga del viento.

Así dió fin, tan triste y tan obscura,
esta historia, de amor y de ansias llena,
encerrando una misma sepultura
el criminal, el crimen y la pena.

Sólo un guarda infeliz, de espanto yerto,
se encontró, al despuntar del otro día,
un muerto, tan inmóvil como un muerto,
sobre un mármol que vivo parecía.

ESCENA V

LA PENITENCIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: PALACIANO.—HONORIO.—CORO DE ALMAS CELOSAS.—JESÚS EL MAGO

ARGUMENTO.—Libre Palaciano del secuestro, va á visitar la tumba de Soledad. Al verle, levántase sobre el mármol la sombra de Honorio, y empieza á sufrir la serie de padecimientos que le auguró Jesús el Mago.

No importa cuál, pero en la noche aquella
la luna destilaba, adormecida,
como una grande y moribunda estrella,
una especie de luz de la otra vida.

Honrando á Soledad, cuenta la gente
que de su tumba al pie vela algún mago;
y los guardas de allí creen firmemente
que en el mármol aquel flota algo vago.

Y algún misterio habrá, pues nadie ignora
que del fúnebre mármol se contaba
que al tacto de la brisa y de la aurora
como la estatua de Memmón vibraba.

En noche tan tranquila, ni un acento
del cementerio en derredor se oía,
la luna desde el alto firmamento
como un disco de plomo descendía.

En calma tal, Honorio, de repente,
se levantó del mármol vengativo,
viendo llegar á un hombre de ancha frente
de airoso porte y de mirar altivo.

Era su hermano ¡ay triste! el que veía,
qué, libre del secuestro, en su impaciencia,
la tumba ver de Soledad quería,
con su amor exaltado por la ausencia.

De celos de ultratumba Honorio herido,
consternó con un ¡ay! el horizonte,
que, de un sepulcro en otro repetido,
el eco lo llevó de monte en monte.

Se acerca Palaciano, y cual si hubiera
turbado del sarcófago la calma,
un suspiro se oyó, como si fuera
un sollozo nacido de algún alma.

Y Honorio—«¡Atrás!—entre sentido y fiero
gritó con una voz que nadie oía;
—antes que á ella, á mí y al mundo entero,
y á mi madre y á Dios renunciaría.

»Los que, muertos de amor, sabéis mi historia,
venid el alma á ver más desdichada,
aquí, donde el martirio es una gloria,
mansión fatal de gente asesinada.»—

A su acento, por valles y por cumbres,
una legión de espíritus alados
chispearon, cual las rápidas vislumbres
de las tardes de estío en los sembrados.

Y nadando en suspiros, el ambiente
inundan en su curso vagaroso
los que llevan clavado eternamente
el aguijón del padecer dichoso.

Y al ver á Honorio de dolor transido,
casi vuelan felices á su lado
los que, al morir de celos, han sufrido
el odio del amor desventurado.

En el aire, por fin, envuelto en ira,
el fantasma de Honorio reverbera;
duda su hermano, retrocede, y mira
la sombra de su horrible calavera.

Era su misma imagen: Palaciano,
al verla, fué á gritar:—¡hermano mío!—
mas vió que aquella imagen de su hermano,
más que sombra, era un hueco en el vacío.

Y—¡un milagro!—exclamó. Después su imperio
perdiendo el infeliz sobre sí mismo,
abandonó cobarde el cementerio,
siendo un hombre avezado al heroísmo.

Y Honorio prosiguió:—¿Quién ver podría
su sepulcro por otro profanado?
¡Atrás! porque, si no, me vengaría,
aun después de mil años de enterrado.

»¿Nunca han de dar á un verdadero amante,
ni el mundo bien, ni paz la sepultura?
¡Un consuelo, un consuelo en este instante,
en que siento, en que toco la locura!»—

Y hasta consigo el desdichado en guerra,
turbulento, iracundo, arrebatado,
blasfemando del cielo y de la tierra,
el pecho se golpeó, desesperado.

—¡Manda un ángel, buen Dios, en mi consuelo!—
exclamó Honorio; y cuando así exclamaba,
Jesús hacia su tumba, desde el cielo,
cual la sombra de un sueño se inclinaba.

Y dijo con la plácida indulgencia,
que la bondad con el rigor aúna:
—Penitencia, hijos míos, penitencia;
contra el orden de Dios no hay fuerza alguna.—

De almas celosas el doliente coro,
gimiendo aquí y allí los aires hiere,
cual si Jesús tuviese el ramo de oro
que manda á los fantasmas como quiere.

Y á su voz, cada espíritu tranquilo
buscó con humildad su sepultura,
volviendo á hallar en el sagrado asilo
el silencio, la paz y la frescura.

Y de nuevo Jesús dijo apiadado:
—Paciencia, Honorio, en el dolor, paciencia;
sufriendo tu destino resignado,
rescatará tu mal la penitencia.—

Calla Jesús; en el recinto santo
ni una sombra se ve, ni se oye un ruido;
solo Honorio, de pie, gime, entretanto,
en su prisión de mármol retenido.

Todo sigue después sin vida alguna;
el aire sordo, encapotado el cielo;
en el fondo del mar se hunde la luna,
y una negruzca luz rastrea el suelo.

Y Honorio, sus dolores sobrehumanos
aglomerando en su inmortal cariño,
cubriéndose la cara con las manos,
se quedó sollozando como un niño.

ESCENA VI

LA IDOLATRÍA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: PALACIANO.—HONORIO.—CORO DE ESPÍRITUS
BUENOS.—CORO DE ESPÍRITUS MALOS

ARGUMENTO.—En la ceguedad de la idolatría, la opinión popular, fascinada por la generosidad de Honorio, le tributa honores casi divinos. Avergonzado de esta honra inmerecida, rompe Honorio, por gracia de Jesús el Mago, su prisión de mármol, y huye rodeado de espíritus.

—¡Un milagro!—repite al otro día
del cementerio en torno el pueblo unido.
¿Quién el torrente contener podía
de un vulgo en sus entrañas conmovido?

Exige el pueblo, de entusiasmo lleno,
que se tributen entre gozo y llanto
sufragios al mortal, honras al bueno,
y un *Te-Deum* por fin, al casi santo.

Ya á oír el panegírico se junta,
de la virtud de Honorio, el pueblo entero,
y en la capilla al cementerio adjunta,
canta el *Te-Deum*, en su honor, el clero.

Mas la sombra de Honorio, vengativa,
los vió llegar, de tan ingrato modo,
que lanzó una mirada tan activa,
que ella sola abarcara el mundo todo.

Cuanto más sin razón se vió ensalzado,
tanto más se vió Honorio despreciable,
y el lúgubre fantasma del pasado,
se alzó delante de él inexorable.

Llega el momento, al fin, que en aquel día
de Honorio el panegírico comienza;
mas él, al escucharlo, no podía
el peso soportar de la vergüenza.

—¡Bien haya Honorio!—el sacerdote exclama.
—Su nombre ha de brillar entre los nombres
que han venido á encender con pura llama
el santo amor de Dios entré los hombres.—

Y al ver que el sacerdote continuaba
poniéndole de ejemplo á los humanos,
Honorio, que leal, se despreciaba,
cubrióse la cabeza con las manos.

Y solo, y abismado en su paciencia,
en silencio después sufre el castigo
de esa lucha infernal de la conciencia,
que tiene á Dios tan sólo por testigo.

De Honorio el panegírico seguía;
el público escuchaba placentero:
lo mismo que su voz, cuando vivía,
su nombre hace vibrar á un pueblo entero.

Mas al llegar ¡oh escándalo! á su oído
del *Te-Deum* la música sagrada,
el canto del honor no merecido
pasó su corazón como una espada.

Mientras los hombres, con ferviente celo,
—A Ti, Señor, cantamos,—entonaban,
los ángeles gozosos desde el cielo
con sonrisa inefable se inclinaban.

Y en tanto que en su honor el canto oía,
—¡Miseria humanidad, que imbécil honra—
el desdichado Honorio prorrumpía
—á quien, cruel, la diezma y la deshonor!—

Y á coro con el místico concierto,
gritó, torva la faz y alta la mano:
—¿No oís la voz de Dios en el desierto?
¡Cafn! Cafn! ¿qué has hecho de tu hermano?—

¡Suerte fatal! El infeliz quería
su acento hacer oír; mas vano empeño;
su voz sonaba cual sonar podría
un suspiro lanzado en un ensueño.

Sólo arrullan á Honorio con sus quejas
los que, al cumplir su terrenal destino,
dejaron su virtud; cual las ovejas
la lana entre las zarzas del camino.

Los ámbitos llenando de la esfera,
así seguía el religioso canto:
—A Ti toda la tierra te venera;
á Ti todos te llaman Santo, Santo.—

Correspondiendo á tan sagrado celo,
admirados, alegres, rutilantes,
los ángeles circulan por el cielo,
cual formados de polvo de diamantes.

Los espíritus malos, de los buenos
envidiaban, gimiendo, la victoria;
y el canto continuaba:—Y están llenos
los cielos y la tierra de tu gloria.—

Con Honorio, entretanto, se lamentan
aquellos que, como él, han delinquido,
que hasta en la vida eterna se alimentan
del pasto de las lágrimas querido.

Le cercan los malditos por amores
con su aflicción, más que la dicha, amada:
esa aflicción tan dulce en sus dolores,
que no quiere jamás ser consolada.

Y el himno continuaba de esta suerte:
—Con tu sangre, Señor, nos redimiste,
y el aguijón rompiendo de la muerte,
las puertas de los cielos nos abriste.—

Oyendo de su Dios las maravillas,
miró Honorio hacia arriba fascinado,
y vió á Jesús orando, de rodillas,
en un trozo de cielo iluminado.

—«Permitidme—exclamó—que dignamente
sólo un pesar sin deshonor me venza;
haced que un gran castigo me atormente,
mas no que me atormente la vergüenza.

»Dejadme que transmigre—le decía—
á otro dolor más grande y más eterno;
permitidme que escoja—prosegua—
algún rincón de dicha en el infierno.»—

Una mano de luz cruzó el ambiente,
de luz más clara que la luz febea,
y al tenderla hacia Honorio dulcemente,
benévolo Jesús le dijo:—Sea.—

Al *sea* de Jesús se oyó un chasquido,
y á Honorio que gimió; mas éste, á poco,
se sintió roto el mármol, desprendido,
y el aire hendió con el terror de un loco.

Y entre el tropel de la infernal balumba,
de sus honores sin honor huía,
comó espectro que sale de la tumba,
sin sacudir la tierra todavía.

Todos, á poco, el cementerio dejan;
y en pos de Honorio, en tormentoso vuelo,
los rebeldes espíritus se alejan,
cual aves que se pierden en el cielo.

Completa soledad: se extingue el coro;
los devotos al fin desaparecen;
los ángeles también en nubes de oro,
ya fundidos en luz se desvanecen.

Sólo una voz de espanto y de agonía,
como en sueños, oía Palaciano,
que allá lejos, muy lejos, repetía:
—¡Cain, Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?

ESCENA VII

EL CUERPO Y EL ALMA

LUGAR DE LA ESCENA: *Las cinco partes del mundo*

PERSONAJES: HONORIO.—EL CADÁVER DE CARLOS V.—LA INSURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

ARGUMENTO.—En la eterna lucha de las dos naturalezas, física y moral, queriendo poseer el sepulcro de Soledad, piensa el espíritu de Honorio en volver de nuevo á la vida, animando el cuerpo de algún grande hombre, y se dirige á buscar los restos de Carlos V. El esqueleto del Emperador se espanta á la vista de un alma, y llevando la alarma á todos los ámbitos de la tierra, una multitud de espectros dan la vuelta al mundo, huyendo del espíritu de Honorio.

Lejos Honorio de la tumba amada,
ya del aire en las cóncavas regiones,
confusa entre la niebla su mirada,
las siluetas perdió de las visiones.

Duda, mira, se orienta, y de esta suerte
murmura en su espantosa pesadilla:
—¡Sí! quiero el odio que me dé la muerte;
mas no quiero el honor que así me humilla.—

Luego, del sol á un rayo moribundo,
ya del vacío en la región más baja,
ve el negro tul que pesa sobre el mundo,
cual manto que le sirve de mortaja.

Y piensa así, luchando con fiereza
contra el rigor de su destino adverso:
—¡Querer! ¡Tener! ¡Con gloria y con riqueza,
tendría de su tumba el universo!—

Y al penetrar en su memoria herida
el mundo de la tumba de su amante,
no se ha visto una pena parecida
á la pena pintada en su semblante.

Y continuó:—«¡Poder! ¡Cumplir el sueño
de conquistar el bien por que deliro!
¡Ser sin rival, de su sepulcro dueño!
¡Comprendo la ambición; la honro y la admiro!

»¡Sentir! De dichas caminar sediento,
con odio ciego ó con amor profundo!
¡Saber! ¡O con un solo pensamiento
quemar, mover ó iluminar el mundo!

»¡Dame—añadía en su arrogante acceso,—
Atila, tu querer; tu ciencia, Dante;
Mahoma, tu sentir; tus arcas, Crespo;
tu universal poder, Carlos de Gante!»—

Y añadió:—Tomaré de alguna huesa,
de estos hombres de siempre la envoltura.—
Dijo, y voló hacia España, siendo presa
de una ardiente y terrible calentura.

De Carlos de Austria, ante la tumba, osado,
el cadáver llamó que reposaba,
y el cadáver se alzó como animado
por la vista de Honorio, que abrasaba.

Al verle el Rey, del panteón turbando
la no envidiada y envidiable calma,
—¡Que viene un alma!—dijo, y retumbando,
el eco respondió:—¡Que viene un alma!—

Carlos con ira, Honorio con respeto,
se contemplan y callan; mas al cabo,
dijo, mirando á Honorio, el esqueleto,
con gesto superior de rey á esclavo:

—«Del rey don Carlos, mi señor, ignoro,
si fué vaso de honor ó sambenito;
y el día que nació, que siempre lloro,
fué para mí entre todos el maldito.

»Del cuerpo el alma se convierte en dueña,
y es su ventura un insaciable anhelo;
si ama, es con fiebre; si se duerme, sueña:
para el cuerpo hay no ser, para ella hay cielo.

»Y el cuerpo, como el alma á Dios alaba,
y como ella su nombre lleva escrito;
de la choza más pobre hasta una aldaba
la puerta puede abrir de lo infinito.

»Libre el alma en obrar, de su miseria
ante Dios y los hombres nos acusa;
y es siempre para el alma, la materia,
de su eterno pecar, eterna excusa.

»¿Y cómo el cuerpo, á quien así se humilla,
le verá como amigo, cuando el hombre
no sabe respetarse ni en la arcilla
que honró su alma y que llevó su nombre?

»¡El Saber! Ignorantes nuestros dueños,
este cuerpo, que juzgan miserable,
matan á fuerza de vigilia y sueños,
tratando de explicar lo inexplicable.

»¡El Poder y el Tener! Si el oro es fuente
del gusto de hoy y el duelo de mañana,
con el poder el cuerpo es solamente
un mártir sin honor del alma humana.

»¡El Sentir y el Querer! Su furia es tanta
cuando se juzgan de su fuerza ciertos,
que en su honor el espíritu levanta
pedestales de ejércitos de muertos.

»¡La ambición de las almas! ¿Quién podría
realizar vuestras locas esperanzas,
y esa pasión tan llena de energía,
de delirios, de muertes y venganzas?

»Nunca, nunca los cuerpos fatigados
podríamos calmar vuestros afanes,
aunque fuésemos hechos y amasados
con candentes substancias de volcanes.

»Apártate de mí, que harto he sufrido:
como alma humana, la pasión te ciega.
Busca, si quieres ser, lo que no ha sido:
el polvo que fué ya, del ser reniega.»

Calla el espectro, Honorio, en su esperanza,
aun el cuerpo del Rey vestirse intenta,
y hacia el cadáver con ardor se lanza,
en la fiera ambición que le atormenta.

Huyendo de su nueva servidumbre,
con el terror que inspira el escarmiento,
voló del Guadarrama hacia la cumbre,
como polvo barrido por el viento.

Y el muerto, desde lo alto de la sierra,
dejando el mundo de la paz sin calma,
lanza, mirando en derredor la tierra,
este grito de horror:—¡Que viene un alma!—

Como suele el ¡alerta! misterioso
correr de centinela en centinela,
aquel *¡que viene un alma!* pavoroso
de cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento,
creyéndose de un alma frente á frente,
surgiendo van cadáveres sin cuento,
al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan
mil espectros su pálida osamenta,
como las aves de la mar, que cantan
hacia el lado que ruge la tormenta.

De un pueblo al otro pueblo, no corría
la repetida voz, porque volaba,
y aquel *¡que viene un alma!* parecía
la trompeta del juicio que sonaba.

Sonámbulo que corre sin conciencia,
cuanto más huyen de él, él más se irrita,
y ante abismo tan hondo de demencia,
Honorio con furor se precipita.

La madre tierra sacudió el regazo;
y entre esqueletos mil que echó esparcidos,
medios cuerpos se ven de un pie y un brazo,
de arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de seres incompletos,
por aquí y por allí, las varias piezas;
fragmentos de fragmentos de esqueletos,
pies sin troncos y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignora lo que abrazan,
cual pegados á un ser que va invisible;
y manos cercenadas que amenazan,
y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los pies colgados
de las nubes, pendientes se columbran;
y hay cráneos que, de fósforo impregnados,
cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigzags pavorosos y sutiles,
huesos sueltos, de formas desiguales,
trazan líneas sin fin, como reptiles,
ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Lleno ya el aire hasta los cuatro vientos
de esqueletos de muertos espantados,
furioso resonó con los acentos
de todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huían
salvando pueblos y cruzando esferas,
circular por los aires parecían
alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya van lejanas
las playas de esa tierra que está llena
de rocas y de plantas africanas,
bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo
se oye el suelo crujir, y en lo más alto,
el ruido que se oiría en el saqueo
de mil Romas tomadas por asalto.

El polvo que hombre fué surge abundante
de los fúnebres campos de batalla;
materia en frenesí, muy semejante
á la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora,
y ven, pasando á la derecha mano,
los países del sol, donde se adora
la cruel trinidad del culto indiano.

Del Asia la región, de Honorio el alma
ve trasponer la caravana horrible,
mientras reina en el mar profunda calma,
mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva región, que es de oro el suelo,
y es más que la ilusión encantadora,
cruzaron embriagados en su vuelo
por bosques de frescura abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo al Oceano,
á la región de Europa, ardiente y fría,
helada en el invierno, y en verano
quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada,
lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo;
va á seguir, ¡imposible!; insiste, y ¡nada!;
mil veces fué á pasar, pero no pudo.

Y al fin, consigo de luchar cansado,
se paró más amante que rendido;
pues si al mundo dió vuelta el desgraciado,
no dió ni un solo paso hacia el olvido.

Ve una vez y otra vez la sepultura,
y desciende, atraído hacia la tierra,
dejándose caer desde su altura,
como cae el alud desde la sierra.

Y allí vuelve á rodearle, fascinado,
de todas sus quimeras el cortejo;
pues tiene el hombre del amor cegado
sueños de niño en corazón de viejo.

Borra al fin con sus rayos esplendentes,
polvo, nieblas, fantasmas y rumores
el sol, para quien son indiferentes
los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos ó activos,
el campo y la ciudad se ven cubiertos
de muertos que dudaban si eran vivos,
de vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan común en nuestra estrella
no ser constante el mal, ni el ruido eterno,
el día puso fin á toda aquella
babilónica noche del infierno.